

TRIBUNA | POLÍTICA Trump no solo es una amenaza: también es una oportunidad única para que Europa abandone la autocomplacencia, despierte de su letargo económico y mejore su competitividad frente a EEUU y China

Europa: la mejor oportunidad en la nueva era Trump

PABLO GARCÍA-BERDOY
JUAN MARÍA NIN GÉNOVA

TRUMP ha vuelto, pero el escenario es distinto. En su discurso de investidura quiso dejar claro el inicio de una nueva etapa: el fin del «declive» de los Estados Unidos y el comienzo de una «era dorada». Su regreso marca un punto de inflexión: vuelve con más fuerza, con un mayor control sobre el Congreso y el Tribunal Supremo, y con un Partido Republicano unido y sin fisuras. La primera pregunta es quién ha ganado: el Partido Republicano, Trump o el personaje Trump. De la respuesta depende parte del futuro.

El mundo clavó sus ojos en EEUU el pasado 20 de enero, consciente de que la política exterior es una de las prioridades del nuevo presidente. No tardó mucho en demostrarlo. Un día le bastó para declarar la emergencia nacional en sus fronteras, desvincularse de la OMS y el Acuerdo de París, y anunciar aranceles a las importaciones de México y Canadá.

Las reglas del juego están cambiando y las dinámicas de poder son otras. Es comprensible que Europa experimente cierta confusión, pero Trump no es solo una amenaza: también es una oportunidad única para que Europa despierte de su letargo económico y mejore su competitividad frente a EEUU y China. Debería terminar con la mirada autocomplaciente, melancólica y expectante, desde cierto complejo de superioridad moral, por más que legítima, y retomar las riendas de su destino mediante energías medidas de cambio.

El informe Draghi ha sido un excelente toque de atención, pero la llegada de Trump acelera la necesidad de transformar la economía y la política europeas. Las decisiones que tomen EEUU y China en materia de aranceles,

energía, barreras tecnológicas, medio ambiente y acuerdos comerciales tendrán un impacto directo en el continente.

Coincidimos con el informe y opinamos que Europa debe unir fuerzas a través de un mercado interior cada vez más integrado, una política energética coherente y una estrategia exterior común. Pero todas estas medidas se quedarán en un ejercicio teórico de impacto menor si no impulsamos de nuevo reglas de libre mercado de manera que la iniciativa privada re-

cupere protagonismo frente a un desmedido dirigismo económico, ahogado en reglamentaciones excesivas y en el poder decisorio muy intervencionista de una administración que empieza a suponer más un lastre que un apoyo.

Las lecciones de Draghi no deben conducir a más intervención de las autoridades europeas para ganar competitividad, sino a construir un entorno empresarial más libre y menos regulado, más productivo y, en consecuencia, más competitivo. En 2014, las economías de la Unión Europea y de EEUU tenían una dimensión prácticamente idéntica que oscilaba alrededor de los 17,7 billones de dólares. Sin embargo, en el transcurso de estos diez últimos años ha quedado patente la diferencia de trayectorias: mientras que EEUU ha sumado casi un 30% del PIB a su economía, el crecimiento de la Unión Europea no ha alcanzado el 20%. Constatar las ineficiencias de Europa frente a sus competidores sin pararse a reflexionar sobre las causas, entre las que destaca una mayor y mejor libertad empresarial, es un ejercicio útil para el diagnóstico, pero no completo en lo que respecta a las propuestas de ejecución.

Cierto es que resulta alentador que el informe reconozca la existencia de problemas en el sistema de gobernanza de la Unión Europea, un aspecto clave para atraer y retener capital en un mundo de alta competencia. Europa necesita reformas urgentes que permitan adoptar medidas de forma más eficiente y ágil, especialmente, en un contexto en el que la rapidez en la toma de decisiones es fundamental. Aunque algunas de estas reformas puedan requerir cambios en los tratados de la Unión Europea y se enfrenten a una férrea resistencia, son imprescindibles para mantener nuestra posición en el mapa geopolítico.

Materializar el informe Draghi será complicado, pero no tanto como otras iniciativas bien ejecutadas en el pasado. Lo será especialmente en cuanto a la financiación de 800.000 millones de euros anuales requerida para llevar a cabo las inversiones que necesita Europa. No será viable si no se llega a un acuerdo para dotar a la Unión Europea de una verdadera capacidad fiscal, una cuestión políticamente controvertida en Europa. La reticencia de los países del norte a aceptar el protagonismo fiscal de la Comisión Europea limita la viabilidad de esta propuesta, que ha encontrado una mayor aceptación en países del sur, como España. Además, el informe no define claramente el grado de responsabilidad y compromiso que cada país debería asumir. Sin olvidar, por otro lado, la participación indispensable del sector privado, que requerirá un mayor desarrollo de los mercados de capitales europeos y el avance en la unión bancaria.

Este último punto se apoya como clave de bóveda en el más trascendente de todos: habrá capital y financiación con bonos europeos si despejamos el camino a la unión política, y esto pasa por cerrar –de una vez por todas– la estructura económica que le da soporte: la ya mencionada capacidad fiscal, puesto que sin ella nuestros 300.000 millones de ahorro anual continuarán yendo a otros países y mercados y los 500.000 restantes no vendrán.

La buena noticia es que Europa se dispone a afrontar los importantes retos de mejora que tiene por delante: avanzar hacia una política exterior común que garantice, entre otras cosas, cadenas de suministro seguras para materias primas y tecnologías clave; aumentar la independencia productiva en sectores estratégicos, y potenciar la capacidad industrial en las áreas de la defensa y el espacio.

TODOS estos objetivos exigen una política energética independiente que sólo podrá lograrse a través de la descarbonización. Es necesario recordar que Europa no cuenta con fuentes de energía fósil, por lo que, más allá de su valor ambiental, la descarbonización debe impulsarse racionalmente como un motor de independencia energética. Asimismo, si no logramos una comunidad de defensa propia en breve, sí deberemos al menos alcanzar una autonomía estratégica razonable que permita defender nuestros valores de sociedad democrática liberal y social avanzada.

En este contexto, España tendrá que realizar un gran esfuerzo para competir, empezando por superar las diferencias que la polarización y la fragmentación políticas han generado, para recuperar la capacidad de construir acuerdos o consensos que permitan avanzar de manera conjunta. No es justificable perder pie en estos momentos en los que tenemos el potencial de progreso más potente de Europa, aún con una ejecución mejorable.

Hoy más que nunca, debemos demostrarnos que



LUIS PAREJO

la democracia liberal y los ideales éticos que la inspiran siguen estando vigentes y que el compromiso de nuestra sociedad –gobiernos y sociedad civil, sector público y privado– es posible. La puesta en marcha de las propuestas económicas del presidente Trump y la contrapropuesta china para que Europa bascule a su lado hacen más urgente la adopción de estas medidas. Europa ha demostrado capacidad suficiente para salir reforzada de las crisis más difíciles, pero es preciso actuar con rapidez y determinación. Están en juego nuestra libertad y nuestra prosperidad. También la posición española en Europa.

Pablo García-Berdoy es presidente del Consejo Asesor del Círculo de Empresarios y Juan María Nin Génova es presidente del Círculo de Empresarios